Katherine Lee Bayard y Juan Valera: un amor desdichado (Las cartas de Kathleen Bayard a Valera)*

Antonio CRUZ CASADO
IES Marqués de Comares, Lucena
acruzcasado@hotmail.com

La vida es muy funesto don[1]

La estancia de don Juan Valera en Estados Unidos, como primer ministro de la Legación Española en Washington, supone una inflexión importante en la vida del escritor. Desde el punto de vista personal, se ahondan y complican aún más las tirantes relaciones matrimoniales que mantenía con su esposa, doña Dolores Delavat, que había quedado en España al cuidado de la casa y de los hijos; precisamente uno de ellos, Carlos, el mayor, fallecería en Madrid a consecuencia (probablemente) de una epidemia de cólera, con sólo 16 años, creando en el ánimo del padre un enorme desconsuelo; por otra parte, y ésta es la cuestión que vamos a analizar, el sexagenario Valera, aún voluptuoso como diría el novelista Miguel Delibes, y de buen ver, mantiene una relación amorosa, en principio sólo intelectual y platónica, y luego abiertamente carnal, con una joven norteamericana de la buena sociedad, Katherine Lee Bayard, la hija del senador Thomas Francis Bayard, que era a su vez secretario de estado del presidente Stephen Grover Cleveland (1837-1908), durante su primer mandato como presidente de los Estados Unidos (1885-1889); Katherine, de unos 27 años por esa época, bien podría ser, desde el punto de vista cronológico, hija del escritor español, por lo que la relación indicada proyecta cierta preocupación entre los familiares y amigos que la conocían, especialmente en Sofía Valera, la hermana preferida del novelista, a la que éste confía sus vivencias más personales.

Gran parte de las intercadencias de este flirt entre el provecto español y la joven americana eran conocidas por los interesados en Valera, a raíz de la edición de una selección de las cartas valerianas a sus familiares y amigos más inmediatos, como Sofía o Menéndez Pelayo[2], pero no se había tenido en cuenta la amplia colección de epístolas que Katherine Lee Bayard escribe a Valera, aunque algunos expertos en el tema, como Carlos Sáenz de Tejada[3] o Cy-

---

* El texto de esta comunicación está hecho en colaboración con el profesor Juan CRUZ TOLEDANO, docente de inglés del IES El Chaparil, de Nerja (Málaga), al que manifiesto mi agradecimiento.

1 La frase del habitualmente optimista Valera, en carta a su esposa Dolores Delavat, del 14 de agosto de 1885, está marcada por el sentimiento de tristeza que le provoca la muerte reciente de su hijo Carlos; he aquí el contexto pesimista de la expresión: «Cuídate y procura resignarte con nuestro grande infortunio. La vida es muy funesto don. Hasta el mismo estúpido e irracional temor de perderla hace este don más funesto. Pero, en fin, debemos procurar verlo todo menos negro y tener menos pesimista filosofía» (Juan Valera, *Correspondencia. Volumen IV. 1884-1887*, ed. Leonardo ROMERO TOBAR, Madrid, Castalia, 2005, p. 365. Todas las referencias al epistolario de Valera se hacen por esta edición, mediante la indicación de página en el cuerpo del texto). La afinidad con otra frase de Katherine Bayard, "What a queer thing life is", es notoria, cfr. Juan CRUZ TOLEDANO, "Las cartas de Kathleen Bayard a Juan Valera: avance de una investigación", en *Silva literaria de varia lección. (De Cervantes a Valera). In memoriam Matilde Galera Sánchez*, ed. Antonio CRUZ CASADO, prólogo de María José LARA GONZÁLEZ, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2006, p. 163; por otra parte, la idea está presente en muchos otros lugares y en diferentes autores. Los fragmentos y los números de página de las cartas que se citarán a continuación remiten a esta edición.

2 Véase el análisis completo de la correspondencia con Menéndez Pelayo, en el interesante trabajo de María José PORRO HERRERA, "Correspondencia de Juan Valera y Menéndez Pelayo: entre la amistad y la literatura", en *Estudios sobre D. Juan Valera*, eds. Joaquín CRIADO COSTA y Antonio CRUZ CASADO, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2006, pp. 125-179.

3 Juan Valera, *Cartas íntimas, 1853-1897*, ed. Carlos SÁINZ DE TEJADA BENVENUTI, Madrid, Taurus, 1974.

rus De Coster[4], especialmente este último, las conocieron y valoraron en su conjunto, sin que hayan tenido la consideración de un documento excepcional, de primera mano, para analizar la relación amorosa indicada, que es lo que pretendemos en esta ocasión. Con todo, hay que señalar que sólo se conocen las cartas de Katherine a Valera y no se han conservado, que sepamos, las muy abundantes que tuvo que enviar el novelista a su joven admiradora; esta correspondencia ha empezado a ser analizada y traducida hace poco tiempo[5].

La aventura americana dura poco para don Juan; incluyendo el viaje de ida y el de regreso, el escritor egabrense vivirá en Estados Unidos sólo algo más de dos años, concretamente desde el 5 de enero de 1884, en que se embarca en Liverpool, en el Cefalonia, llegando a Washington el 19 de enero del año indicado, vía Nueva York, hasta el 12 de abril de 1886, en que deja Washington, embarcando el día 21 del mismo mes en el Labrador, rumbo a Le Havre. En esos dos años Valera escribe a sus amigos y familiares un amplio número de cartas, de las que se han conservado casi cuatrocientas según la edición última del epistolario (aproximadamente entre la número 1489 y la 1852).

La motivación inmediata de que Valera acceda al cargo diplomático que le lleva a Estados Unidos, ejerciendo una actividad que había desempeñado anteriormente en diversos lugares del mundo, es una cuestión simplemente económica, crematística, un caso más de su flagrante sindineritis crónica, como él comenta donosamente en varios lugares de su epistolario. Así lo recuerda y lo confiesa a su esposa, en una de las primeras cartas de este episodio:

> Voy casi arrepentido de haber pedido y aceptado puesto tan lejos –le escribe desde Liverpool, el 5 de enero de 1884-. Estoy tristísimo de verme solo. Me siento viejo y enclenque para tan largas expediciones; pero yo estaba desesperado de la pobreza y de las deudas, y no veía otra manera de ponerme a flote y cerré los ojos y busqué y tomé esto, cuando ya lo que me convenía era haberme metido [en] Cabra con mis libros, e ir desde allí a pasar en Madrid dos o tres meses cada año. En fin, la cosa no tiene ya remedio. Es menester pasar en Washington siquiera dos años. Luego trataré de realizar mi sueño dorado de tener en Cabra casa y de pasar allí largas temporadas (p. 23)

Claro que Valera no es un embajador más al uso, sino que su llegada al entonces joven país americano parece provocar cierta sensación entre la sociedad culta de Nueva York y de Washington, como se deja traslucir en algún suelto del periódico *The New York Journal*, correspondiente al 19 de enero de 1884, en el que se dice que el diplomático español se aloja en el hotel Windsor, de la ciudad indicada, que parece tener unos cincuenta años, que es de estatura media, con cabello gris y bigote, y que ha pertenecido al servicio diplomático previamente en diversos lugares, como Nápoles, Río de Janeiro o Lisboa; se dice además que es escritor y que ha publicado varias obras que le han granjeado un buen lugar en las letras españolas.

---

[4] Cyrus DE COSTER, "Valera en Washington", en *Arbor*, 98 (1954), pp. 215-223. Parece que De Coster es el único que examinó directamente en su momento las cartas de Katherine, indicando al respecto: «lo cierto es que ella [Katherine Lee Bayard] se enamoró de él locamente. Doña Dolores Serrat tiene un paquete de cartas escritas a Valera por Catalina, como él la llamaba. Estas notas, muchas escritas a lápiz, son de tono sentimental y apasionado; en ellas le reitera cuánto le ama, cuánto le echa de menos, cómo desea darle ánimos y le insiste en que se cuide. El 13 de enero de 1886, Valera recibió noticias de que se le trasladaba a Bruselas. Tres días más tarde ella se suicidaba» (p. 220). Coster da noticia de otra correspondencia amorosa con otra joven americana, Mary Jessup Sitgreaves, con el ejemplo de una carta fechada en junio de 1887, por lo que el escritor y diplomático estaría ya en Bruselas. También se ocupa del tema Valera - Katherine Bayard, aunque más brevemente, José OMBUENA, "Don Juan Valera en los Estados Unidos", en *BRAC*, XXVII (1956), pp. 209-211.

[5] Cfr. CRUZ TOLEDANO, "Las cartas de Kathleen Bayard a Juan Valera" cit., pp. 163-222; y, del mismo autor, "Semblanza de Katherine Lee Bayard, la amada estadounidense de Valera", en *Angélica. Revista de Literatura*, 12 (2004-2008), pp. 187-208.

El propio novelista se lo cuenta a Menéndez Pelayo, en carta de 22 de enero de 1884, en los términos siguientes:

> Yo no puedo quejarme [se refiere a la amabilidad de la gente], porque en todos los periódicos me han echado una de bombos pasmosa de veras. Hasta me llaman *handsome* [guapo], que tengo hermosos ojos y que no parezco de edad de cincuenta años aún. Figúrese usted si estaré hueco. Todos estos artículos encomiásticos hablan de mis obras y algunos las describen y juzgan. Quien más se ha esmerado en esto, hasta ahora, es un señor de Boston, llamado Palmer (p. 35)

Más adelante, cuando Valera viaje a Boston y escriba a su hermana Sofía, en septiembre de 1884, le cuenta que ha conocido a Mr. Palmer, en compañía de un tal Mr. Bradford, y que era «muy adefesio» (p. 188), en tanto que el segundo le causa mejor impresión por sus modales y porque le parece muy rico.

Conforme pasa el tiempo, Valera se percata de que su gestión diplomática deja mucho que desear, aunque pone todo su empeño en ejercer bien su cargo, y por eso no se extraña de que lo releven de su puesto al cabo de pocos años. Ya en abril de 1885 se lo comenta así a su hermana Sofía: «No sé si el Gobierno se me pondrá fosco porque no he conseguido la ratificación del Tratado: pero casi no lo sentiría, ni me afligiría tener que irme. Me asusta pasar el tercer invierno por aquí, y solo» (p. 295). Para enero del año siguiente, 1886, Valera sabe ya que será relevado de su cargo, y así lo indica a su mujer: «Por carta de Moret, fecha del 29 de diciembre, que ayer recibí, veo con evidencia que van a quitarme este turrón» (p. 434); este hecho será confirmado más tarde, en epístolas de la misma época:

> Por telegrama, que publican aquí los periódicos –escribe a Dolores Delavat, el 15 de enero de 1886- sé que he sido apeado, como yo recelaba […] Los periódicos, no obstante, añaden que he sido nombrado para Bruselas […] Harto sé que la legación de Bruselas es una sinecura sin importancia; pero como yo soy un tronado crónico y tengo familia, aceptaré el puesto, si me le dan, aunque, si en esa villa y corte tuviese yo un turrón ferrocarrilesco o alguna otra ingeniatura con que ir tirando, preferiría quedar a pie por ahora (pp. 435-436)

Con su hermana Sofía se muestra más franco y más enfadado; así le comenta: «Todo esto [se ha referido por extenso a sus problemas económicos] y el humillarme a mí, enviándome a Bruselas, que acepto porque la miseria me fuerza, ha sido para enviar aquí a un señor Muruaga, que es tonto de solemnidad y capirote» (p. 448).

El hecho es que Valera se ve obligado a regresar a España en la fecha que indicábamos al comienzo, el 21 de abril de 1886, una vez que ha concluido también, trágicamente, como veremos, la relación con Katherine Lee Bayard (o Kathleen, como ella solía firmar su correspondencia), a mediados de enero del año en cuestión.

Intentemos aclarar, en la medida de lo posible, la situación anímica y familiar por la que pasa el embajador español, prácticamente aislado en Estados Unidos, salvo la molesta presencia de su sobrino Juanito, sólo relacionado con la familia y los amigos por medio de cartas, no tan frecuentes como a él le gustaría. Su correspondencia con Sofía, sobre todo, nos permite vislumbrar el estado espiritual de don Juan.

Es el hecho que Valera, habituado a seducir y a ser seducido por numerosas mujeres a lo largo de su vida[6], como un verdadero Don Juan que era, se encuentra en ese momento en una actitud bastante receptiva ante nuevas conquistas femeninas, a pesar de su

---

[6] De su sempiterna afición a las mujeres da fe, entre otros muchos textos, un fragmento en que, de manera un tanto descarnada y directa, comenta este hecho a su sobrino José Alcalá Galiano, en carta del 14 de marzo de 1885, todavía desde Washington: «si bien con pocos bríos y arrestos ya, sigo siendo aficionadísimo [a las mujeres], en virtud de cierta ternura religiosa, casi mística que me infunde el chomino. Las mujeres son, por dicha, más espiritualistas que nosotros, y

edad un tanto avanzada, lo que puede interpretarse como resultado de una situación de semiabandono sentimental por parte de su esposa, que había permanecido en España, con sus tres hijos, como ya se indicó.

De esta forma le confía a su hermana la actitud habitualmente desdeñosa de su mujer, de la que está prácticamente divorciado, aunque ella sigue recibiendo y aceptando el dinero que el marido ausente le envía: «Mi mujer está en la Granja [la carta es de agosto de 1884]. Sigue haciéndose la desdeñosa conmigo y me escribe poco. Recibe no obstante 2.000 francos míos mensuales. Ya ves que resulto un marido cómodo» (p. 170). Más adelante, en marzo de 1885, cuando su relación con Katherine es ya un hecho, no manifiesta ningún remordimiento ante su infidelidad con respecto a su esposa, que siempre lo ha maltratado y despreciado. La confidencia a Sofía es muy explícita al respecto:

> Si mi mujer hubiera sido medio tratable, hubiera yo sido el mejor de los maridos: hubiera sido feliz con ella y hubiera procurado hacerla feliz: pero creo que ni hecha de encargo hubiera podido buscarse para mí mujer más enemiga, más aborrecedora, más dura censora de mis faltas y debilidades, y más sorda, ciega y de todo punto cerrada con siete sellos a toda impresión favorable y amistosa hacia mí, de resulta de mis buenas prendas, si es que tengo alguna. En lo profundo de mi alma estoy herido de su odio, de su desdén, de sus malos tratos, a nada de lo cual me considero acreedor, por más que miro con severidad en el fondo de mi conciencia. Y a veces añado: pues no soy tan feo, ni tan despreciable, porque todavía, con más de sesenta años, tengo quien guste de mí. Esto me consuela a veces y me levanta de cierta postración de espíritu (p. 273).
>
> Hace doce años –escribe crudamente en otra carta- (yo te lo cuento todo, como tú me lo cuentas todo) Dolores no quiere ser mi mujer [esta expresión está subrayada en el original y tiene un obvio sentido sexual]: pero siempre se pone furiosa contra cualquiera otra que me desdeñe menos y que no me halle tan viejo, tan feo, ni tan averiado (p. 282).
>
> Mi mujer ha sido un verdadero demonio para conmigo (p. 316)[7]

---

se aficionan de mil cosas que no son la entereza, la salud, y la frescura de la mocedad que ya pasaron. Esto me consuela y hace que me dedique a ellas aún, si bien con circunspección y con el recato que exige mi posición, ancianidad y estado honesto de casado. En suma, todavía persisto en creer que el precio más alto de la vida, su objeto, su fin, su todo, es el amor. En un abrazo de la mujer querida está el cielo. Lo demás no vale ni un pitoche. Por donde, toda mi filosofía se encamina ahora a demostrarme a mí mismo, para cuando ya no se me enderece, y esto se me viene encima a más andar, que en la humanidad, en la patria, en la gloria, en la ciencia, en el arte, en Dios en suma, he de hallar el sustituto del chomino, a quien pueda yo hacer todos los sacrificios, y con quien pueda yo celebrar ritos, ceremonias y sacramentos, sin más erección que la del espíritu cuya erección presumo mortal y perenne» (p. 279). De la misma estancia del escritor en Washington, tenemos noticia del nombre de otra joven, Amy Heard, por la que parece sentirse atraído, según un epistolario de la época. Victoria West, de la embajada británica en Washington, escribe a Amy Heard, el 23 de diciembre de 1884: «Monsieur Valera trépique de plaisir en pensant que v[ou]s serez ici bientôt. Je crois que Madame la femme devrait en être avertie!», en Amy Heard, *Letters from the Gilded Age*, ed. Robert M. GRAY, 2005, p. 67 [en línea], http://ee.stanford.edu/~gray/html/amy/amy_3.html (fecha de consulta: 19-XI-2011). En la misma correspondencia hay numerosas noticias sobre Juanito, es decir, Juan Mesía de la Cerda, sobrino de Valera, de insufrible comportamiento, del que finalmente se cuenta que ha enloquecido completamente en la embajada de China y tiene que regresar a España con camisa de fuerza: «Son neveu [de Valera] Mesia est fou, on le ramenait de Chine avec la camisole de force. Voilà ce qu'on di test-ce vrai, ou non c'est que je ne sais pas, mais je suis partée à le croire», HEARD, *Letters* cit., p. 133. Se trata de una carta de Amy Heard a Amalia West, fechada el 12 de noviembre de 1887.

[7] El contexto de esta expresión es igualmente negativo con respecto a sus relaciones con la esposa ausente: «Aquí me va regular de salud y de humor, a pesar de los 60 años muy cumplidos. Te aseguro, no obstante, que mi natural condición me inclina a amar y a echar muy de menos la paz, el calor y el dulce reposo del hogar doméstico, de que nunca he gozado, porque mi mujer ha sido un verdadero demonio para conmigo. Yo hubiera sido el hombre más feliz de la tierra con una mujer propia que me hubiera querido y respetado un poco: aunque sus calidades físicas, morales e intelectuales, hubieran sido menos que medianas», pp. 316-317; los ejemplos podrían multiplicarse en el epistolario valeriano.

En estas circunstancias personales, que para algunos pudieran considerarse disculpa y ocasión suficientes, entra en escena la joven Katherine Lee Bayard. Ya antes de conocerla, Valera se extrañaba de la libertad de costumbres que tenían las mujeres de este país, sobre todo las jóvenes, y las grandes facilidades que cualquier hombre, incluso de su edad, podría encontrar si buscase una relación sentimental. La confidencia epistolar a Sofía, del 1 de febrero de 1885, es muy explícita al respecto:

> Esta gente es amabilísima, sociable y hospitalaria –escribe-, las mujeres sobre todo. Por dicha o por desgracia, según quiera considerar, tengo ya 60 años. Si no, correría gran peligro mi virtud. Pero como ni la virtud padece, ni la ancianidad es grave inconveniente para el flirteo, siempre tengo damas que gustan de flirtear conmigo; y, dicho sea en sigilo, misses también, que no reparan en que estoy casado, ni ven en ello obstáculo a sus inocentadas. Por lo demás el flirteo es aquí un furor (p. 259)

En otro lugar, en carta a su mujer, y refiriéndose a las veleidades amorosas de su sobrino Juanito, con frecuencia fracasadas, califica la *flirtation* como *puterío* (p. 260).

Sin embargo, su relación se inicia de forma distinta, y parece partir de una admiración de la joven Catalina, como él la suele llamar, por el maduro escritor, con el que comparte intereses y aficiones intelectuales, que luego derivan hacia un sentimiento pasional.

Ateniéndonos sólo a las cartas de Katherine publicadas y analizadas hasta ahora, en fecha reciente (2006 y 2008), podemos completar la visión que nos ofrece Valera de esta relación sentimental, expresada en epístolas íntimas a sus más allegados, sin que contemos, como indicamos antes, con la parte del epistolario que el novelista escribió a su joven enamorada y que quizás haya desaparecido, destruida para siempre por la misma Katherine o por su familia.

La relación con la hija del secretario de estado parece convenirle desde el principio al diplomático español, teniendo en cuenta además que la joven tiene que encargarse de las recepciones sociales inherentes al cargo del padre, puesto que su madre se encuentra enferma, aquejada de una extraña dolencia que se parece en algunos elementos a lo que actualmente consideramos como depresión.

El flirt parece que comienza a partir de la toma de posesión del nuevo presidente, Cleveland, el 4 de marzo de 1885, y de los restantes cargos que lleva anejo el cambio de gobierno, en el que el senador Bayard ostenta el de secretario de estado. En las cartas de Valera parece que el escritor conoce a Katherine hacia mediados de marzo de 1885, e incluso le habla de ella a su mujer, en carta del 17 del mes indicado, en los siguientes términos:

> La mujer del Sr. Bayard vive retirada, y nadie la ve ni la entiende. Quien recibe y hace todo el papelón es la hija mayor, la señorita Catalina, que también es muy docta, sabe filosofía y la lengua de los gitanos y dice y piensa las cosas más singulares. Cuando se electriza se cree tan cargada de electricidad que asegura haber encendido a veces un poco de gas con la chispa que sale de su dedo meñique (p. 281)

Retengamos algunos de los rasgos de la joven: está interesada en la filosofía, conoce la lengua de los gitanos, se piensa cargada de electricidad, etc., puesto que todo ello se constata directamente en la correspondencia conservada. Y, aunque no la menciona por su nombre, se está refiriendo a ella en una carta a su hija Carmen Valera, del 14 de abril, en los siguientes términos: «Figúrate tú que aquí hay señoritas que saben o dicen que saben latín, griego, filosofía, nigromancia y magia» (p. 296).

En las que creemos que son las primeras cartas de Katherine (la correspondencia carece habitualmente de fecha), en algunas de las cuales lo llama cariñosamente «querido» o «tío», encontramos una subida relación intelectual entre ambos, con referencias a la filosofía griega y a Platón, algo que la muy esmerada educación de la señorita Bayard deja ver en toda su plenitud. Así le escribe:

> Pero, ¿no das tú también gracias por el calor y la luz, así como por el despertar y la sensación de libertad que la primavera trae? Esta mañana estuve leyendo el *Fedro*, de Platón. ¿Te acuerdas de esta pequeña oración a Pan?: «Amado Pan, y todos vosotros, demás dioses que rondan el lugar, haced bella mi alma interior; y haced que el hombre exterior y el interior sean uno. Que pueda considerar que los sabios son los sanos y que obtenga tal cantidad de oro que tan sólo los templados puedan soportar y llevar. ¿Algo más? Esa oración creo que es suficiente para mí»[8]. ¿Acaso no es una oración deliciosa para Semana Santa, o cualquier otro día?
> Confío en que te veré mañana.
> Lo haré entonces. Soy sinceramente tu amiga[9]

El provecto español comenta a su hermana Sofía, el 23 de marzo de 1885, que ha empezado una relación amistosa, platónica, con Katherine: «La hija del nuevo ministro de Negocios Extranjeros, miss Catherine Bayard, tiene cierto platónico entusiasmo por mí, y nos vemos y nos escribimos con frecuencia las mayores finuras, tiquismiquis y sutilezas afectuosas» (p. 286), transmitiéndole al mismo tiempo unos fragmentos de las cartas de su amiga. Y añade después: «Si Dolores llegase a saber de este y otros flirteos, se echaba a la mar y se venía aquí nadando a hacer escenas» (p. 286).

Más adelante, el 6 de abril, le da cuenta confidencial de una aventura, con una solterita, quizás la misma que nos interesa: «Una solterita me hizo ir a Nueva York para estar con ella cuatro o cinco días» (p. 290), algo que achaca a la libertad de costumbres de las mujeres del país: «las mujeres son aquí disparatadas; pero, más que las casadas, las misses, que pasan de 25 años, y desisten de casarse o pierden la esperanza de hacerlo. [Es el caso de Katherine, añadimos nosotros]. Todas ellas andan sueltas, de viaje y de fonda en fonda. Figúrate la de aventuras que tendrán» (p. 291). Y en otro lugar, en carta a Sofía, del 24 de abril, de manera impersonal, parece como si se disculpase por no haber sabido resistir bastante a los halagos de una de ellas, aunque también se muestra agradecido:

> Aquí las señoritas andan sueltas, como vacas sin cencerro, sobre todo cuando pasan de 24 años y se quedan solteras. Su libertad es omnímoda, y cuando tienen algún capricho o pasión, no aguardan a que las busquen, sino que buscan ellas. De aquí que toda la culpa que le pueden echar a uno es la de [no] haber imitado al casto José (p. 302)

Y Sofía, que sabe leer entre líneas, parece que le advierte contra los peligros que conlleva una relación de ese tipo, incluso creemos que le previene de la posibilidad de que la nueva pareja se quede en estado, puesto que en una carta del 27 de abril el enamoradizo hermano le había comentado: «Yo creo, y dicho sea inter nos y con el conveniente sigilo, que las tales flirtations se dilatan y amplían hasta donde buenamente se puede

---

8 La traducción del griego de este fragmento la tomamos de María ARAUJO, que lo pone en boca de Platón, al final del *Fedro*, y dice así: «Querido Pan, y todos los demás dioses de este lugar: Concededme que llegue a ser hermoso en mi interior y, exteriormente, que todo lo que poseo esté en amistad con lo de dentro. Que considere como rico al sabio, y en cuanto a la fortuna material, la tenga en tal cantidad que no pueda tomarla sobre sí ni transportarla sino el hombre sobrio". ¿Tenemos algo más que pedir, Fedro? Para mí, sin duda, ya he pedido bastante», Platón, *Fedro o de la belleza*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1993, p. 884.

9 La traducción es nuestra. La transcripción del texto manuscrito inglés es la siguiente, aunque hay que tener en cuenta que la letra de Katherine presenta, en ocasiones, para nosotros dificultades de lectura e interpretación: «But are not you too, thankful for the warmth & sunlight, the awakening & sense of liberty Spring brings. This morning I was reading Plato's *Phaedrus*. Do you remember this little prayer to Pan: "Beloved Pan, or all ye other Gods who haunt the place, give me beauty in the inward soul; and may the outward or inward man be at one. May I reckon the wise to be the healthy and may I have such a quantity of gold as none but the temperate can bear & carry. Any thing more? That prayer I think is enough for me". Is it not a delightful prayer –for Easter– or any other day? I hope I shall see you tomorrow. I will then. I am sincerely your friend».

llegar sin grave peligro de preñez» (p. 304), y en otra posterior, del 16 de julio, Valera la tranquiliza en los siguientes términos: «De mis amores con la miss de que te he hablado no tienes que temer, ni temo yo, esos males de que me hablas, miss K. B. es razonable y juiciosa en esto» (p. 350). Con todo, piensa que un futuro rompimiento le acarrearía a ella mucho sentimiento y lágrimas.

El hecho es que, para junio, del mismo 1885, ha cambiado mucho el tono de las cartas de la enamorada. A veces se muestra interesada en el misterioso mundo del espiritismo, entonces tan de moda, y le cuenta que ha asistido a una sesión, en la que parece que la emperatriz Josefina, la mujer de Napoleón, la cual habla en francés por boca de la medium[10], cosa que a la señorita Bayard le provoca cierto escepticismo irónico. En otras ocasiones se manifiesta interesada en las supersticiones, ligadas a veces a los gatos, a propósito de su predilección por uno de ellos, al mismo tiempo que deja traslucir su conocimiento de diversas lenguas, entre las que suele utilizar con frecuencia términos y frases del lenguaje de los gitanos, incomprensible al parecer para Valera, aunque él mismo había utilizado alguna expresión en caló en *Pepita Jiménez*, en boca de Antoñona[11].

He aquí un fragmento en el que se aprecia el cambio sentimental indicado:

> Esto es algo que debes saber: un gato negro es un augurio de buena suerte enorme, para los afortunados elegidos y para la casa; así que si te enteras de que he heredado muchas guineas de oro no te sorprendas. Ha entrado en mi habitación mientras escribía esto y está sentado en mi regazo inspeccionando lo que acabo de escribir sobre él. Tiene los ojos verdes, que están *desviados* de la forma más divertida. ¿Has visto alguna vez un gato bizco? Ahora pido un deseo, esperando que el misterioso poder del gato lo convierta en realidad: deseo que me ames hasta el día de mi muerte, con todo tu corazón, y deseo también que yo nunca te dé ningún dolor.
> Firmo y sello esto con un beso invisible. Sé un buen niño y escríbeme todo sobre ti, y cuéntame todas las historias que sepas, y créete que te amaré eternamente. *Adiós* [en español en el original]. *Me te delaeva o chumen adre tiro min…!*[12]
> ¡Ja ja! No puedes traducir esas hermosas palabras, después de yo haber traducido lo que me escribiste en español. Adiós de nuevo querido mío,
> Tu Kathleen[13]

Y el sexagenario enamorado o seducido, según él, se muestra feliz de la relación conseguida: «Yo por aquí no lo paso mal –la carta a Sofía es del 28 de mayo-. Yo no sé si es extravagancia de miss Bayard o si estoy aún verde y lozano; pero ella se ha enredado conmigo con la mayor decisión» (p. 314), lo que no impide que a continuación la califique de loca y extravagante. Incluso halaga su hombría el hecho de haber conquistado a una mujer tan joven, con respecto a él, como señala en otra carta posterior, del 16 de junio:

---

10 Cfr. Cruz Toledano, "Las cartas de Kathleen Bayard a Juan Valera" cit., pp. 184-185.

11 Cfr. Carlos Clavería, "En torno a una frase en caló de don Juan Valera", en *Hispanic Review*, XVI.2 (1948), pp. 97-119.

12 Frase afectiva en caló, también intraducible para nosotros, como la joven presume que lo es para Valera.

13 La traducción es nuestra. La transcripción del texto inglés es la siguiente: «Now this you must know, a black cat is a portent of great good fortune, to the chosen individuals & the house; so if you hear that I have inherited many golden guineas don't be surprised. It has come with [me] [to] my room as I write this & sits in my lap inspecting what I have just written about it. It has green eyes, which are most laughably *crossed*. Did you ever see a cross-eyed cat? I now make a wish, hoping that the cat's mysterious power will bring it true: I wish that you may love me till the day of my death, with all your heart, & I wish too that I may never give you any pain. This I sign & seal with an invisible kiss. Be a good child & write me everything about your self, & tell me all the stories you know, & believe that I love you eternally. *Adios. Me te delaeva o chumen adre tiro min…!* Ah! Ha! You cannot translate those beautiful words, & I did translate your Spanish. Again goodbye my darling, Your Kathleen».

«Aquí sigo en las más extrañas relaciones con la señorita Bayard. Todo esto es absurdo a los 60 años, pero no tengo yo la culpa» (p. 324). La culpa, añade luego, es del abandono progresivo de su mujer, e insiste en el tema:

> Si ando en amoríos y haciendo tonterías como un chico de 20 años, no es en realidad por mi culpa. Como uno de los chistes de mi mujer es ponerme siempre de viejo, yo me demuestro que no lo estoy; y como ella me desdeña tanto, me doy el gusto de demostrarme que no todas las mujeres son del mismo parecer (p. 324)

La relación se convierte en un amor apasionado, ya en el mes de agosto, momento al que pertenecen estos fragmentos de una carta de Katherine:

> Pigeon Cove, 18 de agosto
> Martes por la tarde
> Miro Kamlo Karo: si enviara esta carta nunca te llegaría. Pero mi corazón quiere que te hable ahora, para contestar de verdad la carta que acabo de leer. La respuesta auténtica, la única, es la que sabes: te amo con todo mi corazón. Pero además, a consecuencia de eso podría escribirte páginas sin decir jamás cuánto, o de cuántas maneras te amo […].
> Pero ahora, mi cielo, escúchame. Te amo tanto como jamás podría amar, y nunca podría preocuparme en absoluto por nadie más, por la buena razón de que si te perdiera, mi corazón sería como un fuego apagado. Podría ser amable con la gente, y compadecer sus problemas, pero el amor no es eso. Cuando estoy contigo soy más feliz, incluso si hablo de circunstancias tristes, que si tuviera un corazón ligero, y todos esos deseos comunes y mundanos. No persigo el no ser nunca infeliz, sólo quiero *estar contigo*. Preferiría ser infeliz y estar contigo, querido mío, que estar en el cielo[14]

Esta pasión explica, en parte, que la vida carezca de sentido para la enamorada, una vez que conoce la noticia de que el español tiene que regresar a España, y, aunque no se diga abiertamente en el epistolario valeriano, el diplomático deja traslucir a su hermana Sofía que Katherine se ha suicidado, algo que luego pasa a ser un lugar común de todos los estudios[15], pero que los periódicos de la época acuerdan ocultar piadosamente ante la posteridad, quizás debido a la influencia del padre y al prestigio social que tenía esta familia. Así escribe Valera, el 18 de enero de 1886:

> Yo espero resistir este golpe, y sobrevivir para mis hijos. Miss Catalina Bayard, llena de talento, de chispa, de gracia y de saber, tenía las ideas espantosas de pesimismo; amaba, deseaba la muerte; era su preocupación; su idea constante. Lo que es yo, por esta mujer, me hubiera quedado aquí y aún hubiera renegado de la patria y me hubiera hecho *yankee*. Ha sido una cosa tremenda (p. 436)

A lo que añade, el 26 de enero del año en cuestión: «Miss Catalina Bayard tenía elevadísima inteligencia, noble y generoso corazón, singular ingenio, gracejo y chiste; y sin

---

14 El texto inglés indica: «Pigeon Cove, August 18th. Tuesday afternoon Miro Kamlo Karo if I sent this letter it would never reach you. But it is in my heart to speak to you now, to really answer the letter I have just read. The real, the only answer is what you know: I love you with all my heart. But then as a result of that I could write pages to you with out ever telling how much, or in how many ways I love you […] But now my dear love listen to me. I love you as much as I can ever love, & never could I care at all for any body else, for the good reason that if I lost you, my heart would be like a burnt out fire. I could be kind to people, & sorry for their troubles, but love is not that. When I am with you I am more happy, even if I speak of unhappy circumstances than if I had a light heart, & all that *mondaine* generally desire. I don't want not to be unhappy, I only want to *be with you*. I would rather be unhappy & be with you my darling than be in Heaven».

15 Entre los estudios biográficos más recientes sobre Valera, hemos visto tratada correctamente la cuestión en José Peña González, *Aproximación a don Juan Valera*, Cabra, Ayuntamiento, 2007, pp. 154-160, para todo el episodio amoroso, y en José María Garrido Ortega, *Vida y obra de Juan Valera (1824-1905)*, Cabra, CEAG, 2008, pp. 608-636, en el mismo sentido.

embargo, el amor de la muerte llenó su alma y triunfó al fin de todo otro afecto. No quiero ni tengo fuerzas para entrar en explicaciones y pormenores» (p. 438). Y añade al final una nota, o postdata, esclarecedora: «No hables de estas cosas con nadie. Los periódicos han estado prudentes afirmando que murió de muerte natural» (p. 438).

Finalmente podemos preguntarnos: ¿qué quedó de esta relación apasionada y trágica en la vida y en la obra de Valera? No lo podemos afirmar con seguridad, porque el escritor parece olvidar tan doloroso episodio en lo que conocemos de su epistolario y de su obra posterior, al menos como referencia directa. Sin embargo, nos atrevemos a señalar algunos aspectos que bien podrían proceder de la relación con Katherine, como aquel interés del novelista por el mundo misterioso y exotérico, que se verá incrementado durante su estancia en Viena, con su atención constante a las doctrinas teosóficas de Madame Blavatsky[16], reflejadas luego en algún interesante cuento[17], como *La buena fama*, o las referencias sueltas a elementos que puede reconocer el lector atento de su epistolario americano y que dejaron alguna huella en su obra posterior, como comprobamos en *Juanita la Larga* (1895), en la que una muchacha muy joven, Juanita, declara su amor a un viejo, don Paco, en unos términos que parecen inconcebibles en un contexto de narración costumbrista, situada en un pequeño pueblo andaluz, trasunto de su Doña Mencía; así se dirige la joven al anciano:

> Es cierto –le dice; provoqué a don Andrés sin reflexionar lo que hacía. Perdónamelo. Me besó por sorpresa, pero le rechacé con furia. Te lo juro, créeme; te lo juro por la salvación de mi alma: no le rechacé porque tú entraste, y más duramente le hubiera rechazado yo si tú no entras. Vengo a decírtelo para que me perdones, porque te amo. Quiero que lo sepas; estoy arrepentida de haberte despedido, y me muero por ti y no puedo vivir sin ti[18]

Y don Paco responde en unos términos que bien podrían convenir a la relación real que nos interesa: «Apenas puedo creer -dijo- que no repares ya en mi vejez, que no pienses en que puedo ser tu abuelo y que me quieras como aseguras. ¿Pretendes acaso burlarte de mí y trastornarme el juicio?»[19].

También en la misma novela, como sabemos la primera que escribe tras su regreso de Estados Unidos, hay referencias a determinados rasgos de que hacía gala la desgraciada joven americana, como el hecho de encender una vela con la electricidad de que decía estaba cargada, cuestión que se aplica a un personaje de *Juanita la Larga*, el boticario don Policarpo que tiene una cualidad especial en la uña de su meñique:

> Para hacer milagros por su medio y en su nombre, no tenía don Policarpo vara de virtudes; pero, en cambio, tenía una recia, puntiaguda y larguísima uña en el dedo meñique de la mano derecha, la cual uña le servía de ordinario como mondadientes. Las damas se llenaban de terror cuando la

---

16 Le da cuenta de ello en carta del 26 de octubre de 1885 (pp. 397-398). En otra ocasión le habla de los celos de Katherine con respecto a Menéndez Pelayo: «Catalina Bayard asegura que aborrece de todo corazón a Menéndez Pelayo, de quien está celosa. No vale que yo trate de probarle que la amistad y el amor son dos cosas harto diferentes» (p. 361). El erudito español también aparece en las cartas de la joven: «Cuando regrese a ti, me contarás todo sobre la carta que escribes al Sr. Menéndez Pelayo, ¿verdad? Estoy horriblemente interesada. Y debes representar una bella comedia en la cual harás como que estás muy feliz de que haya vuelto» (texto inglés: «When I come back to you, you will tell me all about the letter you are writing to Mr. Menendez Pelayo, won't you? I am horribly interested. And you must play a beautiful comedy in the which you will pretend to be very glad that I have come back», CRUZ TOLEDANO, "Semblanza de Katherine Lee Bayard" cit., p. 198 y p. 197 respectivamente.

17 Cfr. Juana TOLEDANO MOLINA, "Ocultismo y folklore en un cuento fantástico (*La Buena Fama*, 1895), de Juan Valera", en *Estudios sobre D. Juan Valera* cit., pp. 99-108.

18 Juan Valera, *Juanita la Larga*, ed. Enrique RUBIO CREMADES, Madrid, Castalia, 1985, p. 228.

19 Valera, *Juanita* cit., p. 228.

> veían como si viesen la de Satanás en persona. Se decía que el boticario, ya magnetizaba, adormecía y sujetaba a su voluntad a las gentes, despidiendo por dicha uña fluido magnético, ya se electrizaba todo, restregando con rapidez sus pies contra una piel de lobo, y lanzaba por dicha uña un chorro o penacho de chispas azuladas y luminosas. Y no faltaba quien añadiese, jurando haberlo visto, que sólo con acercar la uña, cuando estaba él bien cargado y saturado de electricidad, encendía un candil o disparaba un cañoncito muy cuco que usaba para esta experiencia[20]

Cuando se casa, el boticario se corta la uña, la entierra y coloca sobre ella el siguiente epitafio, tomado de unos versos de Alessandro Manzoni:

> Bella, inmortal, benefica
> fede ai trionfi avvezza
> scrivi ancor questo[21]

Algunos de estos rasgos, considerados como elogio póstumo, bien podrían aplicarse a la joven de la que nuestro novelista anduvo tan enamorado y que tuvo tan desastrado fin. Claro que muchos de estos ecos de la historia evocada no serían susceptibles de una interpretación (que al menos a nosotros nos parece plausible), sin tener en cuenta las cartas de Valera y de Katherine o Kathleen, en el año ya lejano de 1885, cuando ambos se amaron con pasión en la más lejana e irrecuperable América.

Resumen: Valera conoce a Katherine L. Bayard, hija del senador norteamericano Thomas F. Bayard, durante su estancia en Estados Unidos (1884-1886). Entre el escritor, embajador de España, y la joven Katherine surge una relación sentimental que amenaza la tranquilidad familiar de Valera, alejado de su esposa, Dolores Delavat, que había permanecido en España al cuidado de los hijos. El anuncio del regreso del novelista parece haber provocado el suicidio de la muchacha enamorada, según se desprende del amplio epistolario valeriano al que añadimos ahora las cartas originales e inéditas de la joven americana.

Palabras clave: Juan Valera, Katherine Lee Bayard, epistolario, biografía, siglo XIX.

Abstract: Valera met Katherine Lee Bayard, daughter of U.S. senator Thomas F. Bayard, at the beginning of his stay as ambassador of Spain in the United States of America (1884-1886). Being away from his wife (Dolores Delavat), who remained at home to look after their offspring, the writer and young Kathleen develop a sentimental affair that threatens the stability of Valera and his family. The announcement of the novelist's comeback seems to have caused the suicide of the loving girl, as can be inferred from Valera's comprehensive correspondence, to which we now add some of Katherine's original, previously unpublished letters.

Keywords: Juan Valera, Katherine Lee Bayard, correspondence, biography, 19th century.

---

20 Valera, *Juanita* cit., p. 155. De las cualidades eléctricas de Katherine se encuentra alguna referencia en sus propias cartas: «Sin embargo, si vieras una pequeña señal metálica en la puerta cuando vengas mañana, "Señorita Bayard – Masajista Eléctrica", no te sorprendas. Parece ser mi don, y como a una se le paga muy bien por eso, pretendo hacer fortuna» [en inglés: «If however you should see a little tin sign on the door when you come tomorrow "Miss Bayard – Electric Masseuse", don't be surprised. It appears that is my talent, & as one is very well paid for that»], en CRUZ TOLEDANO, "Semblanza de Katherine Lee Bayard" cit., p. 195 y p. 194 respectivamente.

21 Valera, *Juanita* cit., p. 295.